

Sermon segundo para una Profesion Religiosa.	241.
Sermon tercero para una Profesion Religiosa.	275.
Sermon quarto para una Profesion Religiosa.	303.

ORA-



ORACION

FÚNEBRE

DE MONSEÑOR

DE VILLARS,

ARZOBISPO DE VIENA.

*Ambulabit pes meus iter rectum à juventute mea... Zelatus sum bonum, & venter meus conturbatus est; propterea bonam possidebo possessionem.*

Anduve por caminos rectos desde mi juventud; fui zeloso del bien, y mis entrañas se compadecieron de las miserias de mi pueblo, por lo que gozaré una herencia inmortal. *En el cap. 51. del Eclesiástico, v. 20. & seq.*

¿ES posible, señores, que había yo de estar destinado á tributar este último respeto á la memoria de nuestro piadoso Prelado, y que no había de permitir el cielo que yo viniese á ser testigo de su vida mas que para proporcionarme, al parecer, de antemano para un tan triste y lúgubre ministerio? ¿Es posible que habiendome visto obligado tantas veces por su modestia á callar sus alabanzas en la Cátedra Evangélica, solamente su muerte me haya de dar autoridad para publicarlas? ¿Es creíble que el primer prí-

bli-

blico respeto que yo habia de tributar á su virtud , habia de ser una Oracion fúnebre?

De este modo , ¡oh Dios mio! disponeis nuestros destinos desde lo alto de vuestra Sabiduría ; de este modo , confundiendo nuestros consejos , burlando nuestros deseos , y destruyendo nuestras esperanzas , confirmais nuestra fé , y de este modo , manifestandonos lo diverso de vuestros caminos , dais lecciones á nuestra vigilancia.

Uno , dice Job , consumido con largas enfermedades , vé desde lexos el aparato de su sacrificio , exhala cada dia una porcion de su alma , y se siente morir mil veces antes de poder morir una sola vez : otro lleno de robustéz y de salud es herido repentinamente , toda su alma , por decirlo asi , queda hecha presa de la muerte , y casi no pone mas interválo de tiempo entre los horrores del sepulcro y las delicias de una salud perfecta que el último aliento.

Feliz el alma que mientras duraron sus dias mas serenos supo tomar las medidas contra la sorpresa de los vientos y de la tempestad : feliz la que habiendo caminado siempre con rectitud fue zelosa del bien , y cuyas entrañas se compadecieron de las públicas miserias . ¡ Ah ! Ya sea que una enfermedad lenta le anuncie desde lexos el dia del Señor , ya que un golpe repentino la abra al instante las puertas eternas , su muerte podrá ser diversa , pero su inmortalidad siempre será la misma.

No busquemos pues hoy , católicos , otro consuelo : En esta Oracion no vereis aquellos ruidosos sucesos en que el Orador , poco instruído de su ministerio , viene á este lugar santo á representar con arte la pintura de un mundo profano , y hasta en el sepulcro quiere dar realidad y figura á las fantasmas que adora el mundo.

No hablaré aqui , señores , ni de aquellas importantes negociaciones , que sacando como por fuerza al Pontífice del Santuario , le vuelven á empeñar en las inquietudes del siglo , y con el especioso pretexto del bien pú-  
bli-

blico , le autorizan para que quebrante sus obligaciones particulares ; ni de aquellos penosos artificios , en los que vemos á los interpretes de los secretos del cielo hechos depositarios de los de las Cortes ; á los Centinelas de Jerusalén , casi no velar mas que en la defensa de Jericó ; y á los Doctores de las Tribus de Israel gloriarse de ser Legisladores de las Naciones.

La Historia de nuestro piadoso Prelado solamente está mezclada con la de su Diócesis : sus dias solamente están señalados con las funciones de su ministerio : sus cargos se encierran en sus obligaciones ; y para saber do que hizo basta saber lo que debió hacer.

Sacaré , pues , del mismo Santuario los sagrados adornos que han de servir de aparato en las exequias del ungido del Señor : tomaré del Altar las flores que he de esparcir sobre el sepulcro del Príncipe de los Sacerdotes : el siglo , como nunca tuvo parte en sus acciones , tampoco la tendrá en sus alabanzas : saldré de Egypto para tributar los supremos honores á este Jacob : pero no vendrán , como en otro tiempo , las pompas de Faraon hasta una tierra Santa , á honrar las cenizas y la memoria de los Patriarcas.

No ignoro los vanos pensamientos de los mundanos en este punto : Estos neciamente admiran las inconstantes fantasmas sobre que dá vueltas este siglo presente : solamente les parece grande los nuevos espectáculos , los vastos proyectos , las empresas ruidosas , y los empleos mas distinguidos ; siempre desprecian como obscuras las virtudes en los hombres en quienes no ven aquellos vicios que el mundo llama nobles ; y solamente á los grandes defectos saben conceder el nombre de gran mérito.

La inocencia de las costumbres , la buena fé , la afebilidad , la clemencia , la aplicacion á sus obligaciones , y la misericordia tienen no sé que uniformidad y sencillez , que no causan admiracion en los que las observan . Las maravillas de la fé no gozan del mismo privilegio

que las ilusiones de los sentidos ; lo que sirve de espectáculo á Dios y á los Angeles , apenas parece digno de la atencion de los hombres ; parece que para morir con honor se necesita de alguna cosa mas que de haber sido justo ; la solemnidad de los elogios parece que debe fundarse en el fausto del heroe á quien se alaba , y que nunca tiene mas necesidad de valerse del arte el Orador , que quando solamente tiene que elogiar la virtud y la justicia.

Bien sé que esta es la prudencia del siglo. ¿Pero vengo yo aqui acaso á dar estimacion á las costumbres de Egipto , al mismo tiempo que se celebra el Sacrificio del Cordero ? ¿Vengo á suspender con un discurso profano la atencion de los Ministros devotamente congregados al redor del Altar , y aplicados al Sacrificio , ó á avivar su compuncion con la palabra del Evangelio ? ¿Vengo á mezclar con los cantos lúgubres de la triste Sion los Cánticos de Babilonia ? En una palabra , ¿vengo á honrar mi ministerio , y edificar vuestra piedad , ó á respetar vuestros errores , y á agraviar el honor del Sacerdocio ? ¡ Ah ! No os parezca , Señores , que esto es uno de aquellos artificiosos preludios con que parece compra el Orador el derecho de profanarlo todo , prometiendo al principio que será santo todo quanto diga , y en los que no se vé mas christiandad que las precauciones para no parecer christianos : lo que vá á apagarse en el sepulcro , no debe brillar en una Oracion fúnebre.

Tampoco os referiré una Historia de que no tengais noticia : solamente os propondré lo que habeis visto , oído , y tocado con vuestras manos. Voy á hablar de un Pastor que nunca perdió de vista á su rebaño. La integridad de sus costumbres , la aplicacion á las funciones de su ministerio , la profusion de sus tesoros , que es lo que ha de servir de asunto á esta Oracion , os ha servido á vosotros muchas veces de materia para elogiarle ; y si fuera dícito al afligido pueblo que me está oyendo ocupar este

lugar , diria como yo , que siempre arregló su vida por la ley. *Ambularvit pes meus iter rectum à juventute mea* , que su autoridad fue siempre util á la Iglesia : *Zelatus sum bonum* , y que distribuyó con liberalidad sus riquezas entre los pobres : *Et ventris meus conturbatus est*. Os le representaré , pues , como un hombre justo é irreprehensible , como un Pontifice fiel , y como un Padre caritativo. Este es el elogio que hoy consagro á la memoria del *ILUSTRISIMO SEÑOR HENRIQUE DE VILLARS, ARZOBISPO, Y CONDE DE VIENA, PRIMADO DE LOS PRIMADOS* : Divino Espiritu , poned en mi boca aquella espada de dos filos , aquella eficaz palabra , que al mismo tiempo que dé á conócer los pensamientos de los justos , haga dolorosas divisiones en el corazon del pecador y que no levante este piadoso y lúgubre monumento á la religion , sino sobre las ruinas del Idolo del mundo.

## PRIMERA PARTE.

**B**ien sé que la inocencia de las costumbres no siempre es fruto de la piedad de nuestros mayores , ni efecto de la educacion. Hay algunos hijos de ira , algunos corazones tan profundamente corrompidos , que ya se les ve meditar la iniquidad entre las lecciones de virtud que reciben de sus padres , y que aunque no hallan al redor de sí sino objetos santos , saben formarse de su propio caudal objetos muy pecaminosos.

Bien sé que la sabiduria viene de lo alto , y descende del Padre de las luces , que no se hereda en la tierra como la sucesion de un padre mortal , y que la virtud es dón del Espiritu Santo , que inspira donde quiere , y no fruto de la carne , que de nada sirve.

Con todo eso , es preciso confesar que el orden de nuestro nacimiento casi dá el primer movimiento al de nuestro destino : que con la sangre que nos constituye hombres , derivan regularmente nuestros padres en nosotros

tros las impresiones de su misma inclinacion; y que en el principio de vida que de ellos recibimos, hallamos unas secretas inclinaciones, que hacen que nos parezcamos á ellos: quando la raiz es santa, dice el Apostol, tambien lo son las ramas: es dificil que de una masa pura y resplandeciente solo se saquen porciones viles y manchadas: no quiero ir á buscar pruebas de esta verdad fuera de la historia del hombre justo, que es objeto de esta Oracion: descendiente de una familia, en la que la probidad, el honor, y no sé que elevacion de alma circulan con la sangre, en la que parece que la prudencia ha hecho una eterna alianza con su nombre, en la que parecen casi contemporaneas la nobleza y la virtud, en la que los exemplos que la sirven de regla son tan antiguos como los titulos que la ennoblecen: descendiente, vuelvo á decir, de una familia en la que el Dios de Israel habia establecido su mansion desde tiempo inmemorial, recogió todas las bendiciones de ella.

Un Padre, cuya memoria vivirá eternamente, le enseñó los caminos del Señor con sus instrucciones, y se los manifestó con su exemplo: atemorizado al contemplar la deplorable vanidad de las personas de su clase, quienes parecería degenerar de la grandeza de sus mayores, si se dedicaran ellos mismos á formar una posteridad digna de su nombre, que miran los cuidados de la educacion como indignos de su grandeza, siendo así que sin ellos se mancha y entorpece la nobleza de la sangre, que fian á los estraños el cultivo de las virtudes domesticas, que ponen precio á la enseñanza de sus hijos, y que por hacer demasiado caso de su grandeza, dexan unos sucesores que no se acuerdan de ella como deben; atemorizado, vuelvo á decir, con este desorden, procuró huir de él, y bendiciendo el Señor sus cuidados, formó para la Francia un Ministro sábio, ilustre en las Cortes estrangeras, y distinguido en la nuestra, apto para gobernar el espíritu de los Reyes, y proporcionar la fortuna de los reynos; hábil

bil en convertir en utilidad de la patria y gloria del Príncipe los diversos génios é intereses de los pueblos vecinos; formó, vuelvo á decir, al piadoso Prelado, triste objeto de esta ceremonia, cuya vida resplandece tanto mas á los ojos de la fé, quanto mas sepultada estuvo en la obscuridad de las funciones del Sacerdocio.

Las diversiones de su niñez eran ensayos para las virtudes: Quando todavia era incapáz de conocer á la criatura, ya levantaba sus manos puras ácia el Criador: Aprendió á consagrar su corazon al Señor en una edad, en que apenas tiene el hombre corazon para formar deseos; y la virtud, que siempre es tardío fruto de la gracia, se anticipó en él al uso de la razon.

¿Pues qué podia esperarse, Señores, de unas primicias tan felices? ¿La serenidad del cielo al tiempo de amanecer, podrá anunciar, segun la expresion del Evangelio, nieblas y tempestades? ¿El Templo fabricado por una diestra mano, con tanta lentitud y precaucion, podrá ser destruído en el corto término de tres dias? ¿Bastaría á este ungido del Señor, como á Saúl, al acabar de salir de las manos de Samuél, el haberse hallado una sola vez entre los furores y vanos excesos de los Profetas del siglo, para enfurecerse y profetizar como ellos? ¿Unas esperanzas tan grandes no habian de producir mas que un hombre regular, esto es, un hombre de una juventud des-arreglada, que cuenta las culpas entre las propiedades de la edad, y que encarga solamente á la pasion el cuidado de arreglar sus placeres; un hombre que en la edad madura no conociese otro honor mas que el secreto de saberle adquirir; y un hombre de una vejez obstinada, que en las reliquias de un cuerpo consumido y medio muerto, mantuviese unas pasiones muy vivas, que en vez de llorar las iniquidades que se hubiese permitido, no hiciese mas que suspirar al acordarse de los placeres de que ya no puede usar, y que nada le diese pesadumbre en su vida pasada sino el que ya hubiese pasado?

¡Ah!

¡Ah! Si solamente tuviera que anunciar estos mysterios de iniquidad en medio de la celebracion de los santos mysterios; si tuviera necesidad, como en otro tiempo Samuél con Saúl, de honrar al ungido del Señor en presencia del pueblo, más para escusar á su clase la vergüenza de sus flaquezas, que para edificar vuestra piedad con la memoria de sus virtudes, en este caso me contentaría con llorar en secreto una muerte que me ha sido tan sensible, sin tributar aquí á su memoria unos elogios que no la harian honor alguno: en vez de interrumpir el terrible sacrificio para acordaros la memoria de sus acciones, yo mismo ofreceria sacrificios al Altísimo, pidiéndole que borrarse del libro eterno esta memoria; y en medio de serme tan amable, daría satisfaccion á mi agradecimiento, sin faltar á mi ministerio.

¿Pero puede prohibir acaso la religion el que se registre un corazon, que ella poseyó absolutamente? Doy gracias al Señor, porque no tengo motivo alguno para temer el exponerle á vuestra vista. No tendré que valerme de artificios para persuadiros á que le estimeis; y para libertar la gloria de este David de la infamia de una muerte obscura, (a) no tendré necesidad, como Michol, de ocultarle á vuestra vista, ni de poner en su lugar una fantasma. (b)

¡Qué compostura la suya en una edad, en que para parecer un hombre virtuoso y modesto, casi basta cuidar de que el vicio no se manifieste, y saber hacer eleccion de los desordenes!

¡Qué candor, que afabilidad, y qué moderacion en una clase, en la que mil intereses secretos ocultan el corazon, en la que el peso de los negocios y las ocupaciones de la dignidad alteran el génio, ó le desenfrenan, y en la que se sienten las injurias con mayor viveza, á proporcion de los mayores respetos de que se vé rodeada!

¡Qué noble sencillez en un siglo en que ha llegado á tanto el arte de los ardides, que ha pasado hasta el pueblo;

en

1. Reg. 15. v. 30. (b) Reg. 19. v. 13.

en el que todo se halla confundido por miseria y vanidad, y en el que casi sin ser pacíficos poseedores de una porcion de la herencia de nuestros padres, y viendonos afligidos con unas calamidades que ellos no conocieron en su tiempo, ya estamos inventando nuevos placeres que les fueron aún mas desconocidos!

Vosotros prudentes ancianos de Israél, que le visteis pasar sus primeros dias, y fuisteis testigos de la primera gloria de este Templo, venid aquí á honrar sus ruinas con vuestras lágrimas, aunque sin esperanza de que por ahora se reedifique; y decidme: ¿Se manchó jamás su santidad con alguna cosa profana? ¿Huvo necesidad de escusar los desordenes de su corazon atribuyendolos á desgracia de la edad, ó de ocultar algunas faltas presentes con la esperanza de la enmienda en lo sucesivo, de buscar en los rasgos de un buen natural presagios dudosos de las virtudes, ó de esperar del disgusto de la iniquidad el gusto del don celeste, y de pronosticar sin mas fundamento que la violencia del mal la esperanza de la salud?

Su alma fue un lugar de paz en un tiempo en que todas las pasiones braman al rededor de ella; y como aquellos tres Hebreos juvenes, vivió entre las delicias de los Babilonios sin tocar á sus viandas, y sin embriagarse con su vino.

El uso de las reflexiones que suele servir para ocultar el corazon, que hace que no se manifieste sino con cautela, y que muda en artificio el trato de la sociedad, no sirvió mas que de ayudar la rectitud y candor del suyo.

No era de aquellos hombres asperos é intratables, cuyo corazon está siempre cubierto con un fatal velo, que se grangean con su retiro el respeto de los pueblos, que la reverencia que se les tiene es porque nunca se les vé, y que como aquellas obscuras cavernas que consagró en otro tiempo una vana religion, nada tienen de venerables mas que su obscuridad; ¡Artificiosos disfraces de la prudencia del siglo! ¡Vana ciencia de los hijos de Adán! ¡Culpable tráfico de verdad y mentira! Yo no necesitaré hoy

pa-

para acomodarme á mi asunto daros aquí aquellos santos títulos que solamente son debidos á la prudencia de la Cruz, y á la sencillez christiana.

Yo alabo á un hombre justo y recto, sencillo en el mal, y prudente en el bien; á un hombre de quien no era digno este siglo perverso; á una de aquellas almas hechas para aquellos siglos de nuestros padres, en los que la buena fé se miraba como virtud, en los que no habia mas ardidés ni artificios que una noble ingenuidad, en los que en las inocentes diversiones de las pacíficas concurrencias se miraba como á mas hábil al mas ingenuo, en los que era inútil el arte de las precauciones, porque todavia no se habia inventado el de los fingimientos, y en los que toda la ciencia del mundo se reducía á ignorar las leyes y costumbres que reynan en nuestros tiempos.

Aquí siento, Señores, enardecerse mi discurso: Me estoy representando á nuestro Prelado con aquel rostro siempre afable y sereno, siempre accesible y amoroso, dexandose ver de todos á todas horas, y no conservando de su dignidad mas privilegio que el de poder ser importunado: Me le represento; ¡pero podré decirlo sin renovar vuestro dolor! Me le represento en medio de vuestras familias, oculto en una amable obscuridad, gozando con vosotros de las dulzuras de una vida privada, familiarizando su dignidad con los fieles, sin pretender un vano respeto con hacerse invisible, y con gozar él solo de una dignidad que solamente fue establecida para bien de los demás fieles.

¿Os parece que para llegar á hablarle era preciso comprar, con una eterna lentitud, la audiencia que no suele durar mas que un solo instante; ni con mil penosas formalidades una negativa que siempre es sensible? ¿Huvo acaso entre él y nosotros mas barrera que la del respeto y la discrecion? ¿Le vimos afectar jamás aquellos sagrados ratos de retiro, inventados para hacer mas respetable la dignidad, ó para honrar la pereza? ¿Se parecía

cia

cia acaso su casa á aquellos palacios de vanidad y fausto, en donde los que tienen precision de concurrir por razon de sus negocios, mas piensan en los medios para poder presentarse al Juez, que en exponerle su derecho y su justicia; en donde con un silencio profundo, y con un respeto que se acerca á culto, están esperando á que se manifieste la divinidad; en donde mil infelices padecen mas con la molestia que en ellos se les ocasiona, que con sus propias miserias; y en donde, como antiguamente en la Piscina de Jerusalén, despues de haber esperado largo tiempo, se manifiesta este otro Angel del Señor, que apenas cura un solo enfermo?

El contagio de las dignidades y de la grandeza no formó en él aquellos ojos soberbios, y aquel corazon insaciable de honores de que habla el Profeta: Contento con merecer nuestros respetos, nunca nos los supo pedir, ó por mejor decir, nunca pudo sufrirlos; parece que aquellas respetuosas demostraciones, que suelen servir de agradable descanso en los cuidados de la autoridad, eran la mas penosa fatiga de la suya. Vivía muy distante de aquella extrema delicadez, que suele notarse en la mayor parte de los Grandes, para con los quales un simple olvido es un delito que apenas puede expiarse con mil cuidados, ni con las mas extraordinarias diligencias; vanos ídolos, á los que no nos podemos acercar sino postrados en tierra, á los que no podemos servir sino con solemnidad, á los que no podemos tocar sino con religion, y que como el Arca de Israel, os herirán de muerte, si por atender á socorrerlos no poneis mayor cuidado en respetarlos.

Pero aún se me representa aquí otra cosa mayor y mas digna de la religion: Es verdad que suele suceder el que algunos reusen los honores por pura ostentacion, y por parecer mas dignos de ellos; bien sé que la moderacion muchas veces suele ser el sello de la soberbia, pero la vanidad que se deja conocer no es ni la mas fina, ni la

Tomo VIII.

C

mas

mas temible, y el que manifiesta deseos de que se le tributen respetos no sabe el arte de ser vano.

El ser tan indiferente á los honores como á los ultrages, haberse familiarizado con aquel punto tan difícil de la ley, esto es, con el perdon de las injurias, no conocer á los enemigos sino para hacerlos favores, tener siempre la vara en la mano para castigar á los murmuradores, y no servirse de ella sino para sacar agua de las peñas en favor de los mismos, como Moysés, esto es lo que no puede fingir la vanidad, ni alabar bastantemente la religion. Ninguno entre nosotros ignora, Señores, que el único medio de grangearse el favor de nuestro Prelado parece que era el haberle ofendido: Los mas agudos dardos solamente parece que llegaban á su corazon para dar lugar en él á los que se los tiraban; y como aquel leon misterioso de que se habla en la historia de Samson, parece que bastaba despedazarle para hallar en su boca la miel de la suavidad, y el rocío de las gracias: Ojalá que en este dia de dolor os pudiera mover este exemplo á vosotros los que creéis, que el no perder á vuestros enemigos es lo mismo que perdonarlos, y que ceñís la ley que os manda amar á vuestros enemigos á aborrecerlos con medida: Pasemos á vér el uso que hizo de su autoridad, y os le representaré como un Pontífice fiel.

### SEGUNDA PARTE.

**S**AN Pablo, hablando en otro tiempo en nombre de todo el cuerpo de los Obispos, decia: Dios no nos ha dado un espíritu de flaqueza, sino un espíritu de fortaleza y de amor: *Sed spiritum virtutis, & dilectionis.* (a)

Y á la verdad, Católicos, ¿qué cosa es un Obispo que

(a) 1. Timot. 1. vers. 7.

que no cuida de conservar la gracia de la imposicion, que tiene apagado en sí este espíritu, ó que habiendose abierto con una ambiciosa intrusion la sagrada barrera que separa el Santuario, jamás ha recibido esta gracia? ¡Ah! ¿Podré decirlo aqui? Es un árbol dos veces muerto y desarraigado, que ocupa la mas hermosa porcion de una tierra sagrada: Es una caña agitada del viento, sobre la que no obstante, descansa todo el edificio de la casa del Señor como sobre una santa columna: Es una nube destinada, como antiguamente, á manifestar la gloria del Señor en el templo que nos la oculta con su obscuridad: Es un astro errante, que aunque está destinado á guiarnos por entre las obscuridades de los sentidos y de la fé, no deja con todo eso de apartarnos del camino: Es una serpiente de metal, levantada para curar nuestras heridas, pero colocada en el Templo es para nosotros ocasion de idolatría y de muerte: En una palabra, es un misterio de iniquidad, casi desconocido en aquellos felices siglos que nos han precedido, cuya profundidad respeta la fé, aunque no sin susto, y que no será manifestado hasta su tiempo.

Pero nuestro piadoso Prelado habiendo nacido, por decirlo asi, en el seno del Obispado, y hallando por parte de sus mayores una sucesion tan dilatada de prudentes Pontífices, heredó con su nombre todo su espíritu. Ya habia mas de un siglo que se sentaban sobre el sagrado trono de este santo Templo Prelados de su sangre: El soberano derecho de sacrificar casi se habia hecho patrimonio de su Tribu; y por un privilegio nuevo en el Sacerdocio de Melchisedech, se derivaba segun las leyes de una sucesion carnal, sin que interviniesen en esto las leyes de la carne ni de la sangre. Pero ¡ah! ¿qué no pueda yo pasar con rapidez sobre este punto de mi discurso! Nuestros padres, acostumbrados á respetar este nombre, nos criaron con el mismo respeto: Nuestros ancianos, casi vecinos á aquellos felices tiempos en que empezaron á go-

bernar esta Iglesia los Pontífices de esta casa, contaban con alegría, en medio de sus familias, su historia á sus nietos, y les daban noticia de cada uno de los Prelados, por las virtudes en que se señaló cada uno de ellos; y aún nosotros mismos, acostumbrados á vivir bajo de tan suaves leyes, prometíamos á nuestros sucesores el mismo beneficio. ¡A cruel Italia! ¿Por qué cortastes el hilo de una tan larga sucesion de Pontífices? ¿Y por qué quitándonos con una temprana muerte la esperanza de un sucesor, nos quitastes tambien el único consuelo que nos quedaba, en la pérdida que acabamos de experimentar?

¡Pero ay! ¿acaso he venido yo á renovar hoy todas las heridas de la familia? Para traerlos á la memoria la gloriosa sucesion de Prelados que os ha dado, ¿me ha de ser preciso deciros en su presencia que ya no debeis esperar otros? Escusemos á la muy ilustre Señora que me está oyendo, la pena que le ocasiona la memoria de un hermano tan amado, y cuya muerte la costó tantas lágrimas, y no refiramos sus pasadas desgracias para consolarla en el triste accidente que aqui nos junta.

El Obispado es ministerio de fortaleza y de valor. Es necesario que el Obispo, firme en el sagrado derecho del Sacerdocio, resista á los esfuerzos de la ambicion, á los engaños de la adulacion, y á la rapidez de los abusos, que procure conformar la inocencia de nuestras costumbres con las leyes y disciplina de nuestros padres, que sepa contener los desórdenes en su principio, y que, como el Arca de Israel en medio del Jordán, haga subir las aguas contra su corriente, sin dejarse arrebatar de ellas.

No os parezca, Señores, que con estos primitivos rasgos del Obispado vengo aqui, por honrar al objeto de mi discurso, á formaros segun mi idea uno de aquellos retratos originales, en que todo dá muestras de la mas pura antigüedad, y que solamente parecen hermosos porque no se parecen á nadie: Infelíz de mí, si convirtiera una ceremonia de la Religion en un vano juguete de

de eloqüencia, y si con unas alabanzas excesivas ayudase á los fieles á persuadirse, á que en la Cátedra Evangélica se les pondera demasiado la virtud, y les acostumbra de este modo á no estimarla.

Mas quiero haceros vér, que en un siglo en que está tan resfriada la caridad, en que la costumbre ha minorado mucho de las obligaciones del Obispado, en que impedidas muchas de estas por la potestad secular, ó mitigadas por el desorden de los fieles, casi es lo mismo desear el bien que hacerle; y que si el Prelado á quien elogio no pudo llegar hasta la fuente, y hacer renacer entre nosotros las primeras edades del Obispado, á lo menos no se dejó arrastrar de las flaquezas y relajaciones de la nuestra.

Declarado Agente, en unos tiempos en que mal afianzada la autoridad del gobierno, no dejaba esperar mas que una débil proteccion para los derechos de la Iglesia, no por eso manifestó menos zelo, ni menos valor: Quiero decirlo aqui para eterna gloria de la piedad del gran Turana, nombre de tanto honor para la Francia, tan amado de nuestras tropas, y tan temido todavia de nuestros enemigos, y que aunque siguió el error de sus mayores, abrazó despues la verdad con las mayores demostraciones de amor: Este grande hombre, quando aún seguia el partido de la heregia, quiso edificar un Templo en uno de sus estados, y como otro Michas, quiso tener cerca de la casa de sus padres sus dioses, su Levita, y todo el supersticioso aparato de su culto: No habia Rey en Israel, como dice la Escritura, en tiempo de aquel Hebreo, y cada uno era para sí mismo su ley y su Juez.

¿Pero qué esperais en este caso del ministerio de nuestro Agente? ¿Acaso una culpable condescendencia, que siempre está dispuesta á grangearse amigos, no con las riquezas de la iniquidad, segun la expresion del Evangelio, sino con los mas sagrados despojos del Santuario? ¿Un tímido disimulo, en que se honre la cobardía



día con todo el mérito de la prudencia? ¿Una resistencia débil, que aparecè en el principio, solamente por poderse decir á sí misma que se ha manifestado? En vano sollicitaban la condescendencia del Agente mil intereses secretos. Se opone en nombre del Clero, como zeloso sacrificador del Templo de Sion, para no permitir que en el tiempo de su ministerio se multipliquen los ídolos en Israel, y tuvo la felicidad de vér despues en el tiempo de su Sacerdocio la piedad de otro Ezechías dedicada á destruirlos, desterrando de Judá los dioses estrangeros, y obligando á los pueblos á que fuesen á adorar á Jerusalem; pero esto no era mas que un ensayo de su rectitud.

Sagrados Prelados de nuestras Gaulas, ¿ cuántas veces le visteis en vuestras asambleas, ignorando el nuevo arte de callar, restituyendo á la dignidad Episcopal su libertad primera, mirando su fortuna como pendiente únicamente de su obligación, siendo el Gamaliel de la Congregación de los Príncipes y Sacerdotes, y sabiendo dudar aún en aquellas ocasiones en que parecia que no se debía saber mas que consentir? ¿ Qué no pueda yo hacer aquí público lo que paso en secreto! Veriais, Señores, burlados los ruegos, despreciadas las esperanzas, olvidados los intereses de la carne y de la sangre, conformar la autoridad soberana con las intenciones del Príncipe; veriais una inflexible rectitud, en un siglo en que toda la fortaleza parece está reducida á no buscar uno por sí mismo las ocasiones de ser cobarde. Pero estos son unos rasgos que no se pueden manifestar sino muy desde lejos; unas maravillas destinadas á la obscuridad, que al mismo tiempo que nos descubren unos males secretos, deben, como las figuras de oro de las llagas de los Filisteos, quedar escondidas en el Arca: ¿ Con qué constancia le vimos despreciar un descanso, que es tan apetecido en la dignidad Episcopal, por restituir á su autoridad sus primitivos derechos, y los sagrados é inalienables títulos que la habian usurpado la ignorancia, ó la supersticion de los pasados

si-

siglos; defender contra una célebre y poderosa Abadía los mas antiguos derechos del Sacerdocio; sacar de las manos ajenas los despojos de su Obispado; restituir al primer Pastor á la dignidad de cabeza de los Pastores subalternos; despreciar un tratado pernicioso, y no querer vender una paz, que introducía la division en el Santuario; en una palabra, no permitir, como Salomon, que el cuerpo de Jesu-Christo fuese dividido entre dos Iglesias, y hacer declarar por única y verdadera Madre á la que no quería permitir la division.

¿ Pudieron alcanzar de él los respetos de la sangre ni de la amistad aquellas gracias que minoran la fuerza de las leyes, que se levantan sobre sus ruinas, que secan poco á poco aquel precioso jugo que está todavia dando vida al tronco, que acaban de agotar aquellos primitivos espíritus de orden y de regularidad, que despues de tantos siglos han llegado hasta nosotros ya flacos y debilitados, que con una disimulada crueldad dán el último golpe á la disciplina que está para expirar, y que como aquel Amalecita, que se libró de la derrota de Saúl, acaban de dar la muerte al poder y magestad de Israel con pretexto de compadecerse de sus males? ¡ Ah! nunca estrechó mas los límites de su autoridad, que quando los había de emplear en favor de aquellas personas que le eran mas queridas; su mano detenía las gracias, que se inclinaba á conceder su corazon; y podía decirse, que el derecho que parecia hallarse en algunos para alcanzar de él los favores, era un título suficiente para que les fuesen negados. Dad, Señor, á vuestros Ministros este espíritu de fortaleza y circunspeccion: No permitais que vuestra herencia sea presa de las naciones, y oprobrio de los que os aborrecen.

Su rectitud é integridad nacian del amor que siempre tuvo á su Iglesia. ¿ Qué diligencias no hizo para restituir-sela á Jesu-Christo pura y hermosa, y para quitarla las manchas y arrugas que habian puesto en ella la ignorancia de los pasados siglos, y la libertad del presente? ¿ Qué

ar-